

Retrato del artista cuando ausente

Pablo Espinosa

Lewis Allen Reed mira fijamente a la cámara sabedor de la identidad de quien lo mira: todos nosotros frente al retrato impreso. Su mirada es profunda, protegida por párpados como de oriental: rasgados. Diríase adormilados. En estado de ensoñación. La posición de sus manos se parece a un pase de tai chi. Sus dedos invaden su rostro como pulpo para mostrarnos las obras de arte que ha pintado en sus uñas, lienzos humanos de un pintor asiduo que pronto iniciará a montar exposiciones con sus cuadros.

Por lo pronto sus uñas están decoradas de una manera artística; con los años su sentido del humor lanzará finas ironías frente a la moda de pintarse las uñas y hacerse tatuajes. Hoy en día, dirá un mes antes de morir, están de moda cosas que inventé hace mucho tiempo, como pintarse las uñas de maneras inventivas y hacerse tatuajes. Hoy muchos tienen tatuado todo, hasta el pito.

En la fotografía que le tomó el gran retratista Francesco Scavullo en 1974, Lewis Allen tiene las uñas pintadas artísticamente y el pelo cortísimo, como el de un animal fantástico, está teñido también artísticamente. Su mirada retadora es más que eso: nos mira con ironía, está a punto de sonreírnos, nos coquetea, nos quiere seducir pero también nos quiere veraces como él y grita, gime, gutura. Canta:

Yo seré tu espejo.

Seré, dice Lewis Allen a quienes ven su retrato fijamente, el viento, la lluvia y el crepúsculo. Seré la luz de tu puerta, para indicarte que has llegado a casa. Seré tu espejo, canta Lewis Allen a quien lo ve a los ojos y lo tranquiliza: cuando creas que tus ojos se han nublado, que tu interior está torcido y atroz, déjame mostrarte tu ceguera y te pediré que no te resistas, porque yo sí te estoy viendo y es difícil creer que no sepas de to-



Lou Reed en una foto de Francesco Scavullo, 1974

da la belleza que hay en ti porque la ignoras, no te la aceptas, no te aceptas como eres, no te aceptas a ti mismo. Déjame ser tus ojos, una mano en tu oscuridad para que no cultives miedos.

Seré tu espejo y reflejaré lo que eres pero no sabes que lo eres.

En ese retrato, el espejo, es decir, Lewis Allen, tiene treinta y dos años.

Diez años atrás fundó, con John Cale, su *alter ego*, su igual, el grupo que cambió definitivamente el rumbo de la cultura rock: The Velvet Underground, nombre tomado del título de la novela con tema sado-masoquista del escritor Michael Leigh.

Lo que hizo Lewis Allen con The Velvet Underground constituyó una revolución insospechada: llevar la cultura al rock. Llevarle la poesía, las artes plásticas, el cine, el "Spoken Word". Dictar la agenda de una ma-

nera distinta, plena de poesía, de lo que la gente quiere o no quiere, porque la música de Lewis Allen será siempre amada y rechazada, como todo aquello que nos refleja en el rostro un espejo, porque hay cosas que la gente no quiere ver de sí misma.

La combinación que dio vida a The Velvet Underground fue fantástica y duró poco tiempo, el suficiente, porque sus componentes eran polos iguales que se repelen: John Cale, alumno de John Cage y Lamont Young y experto en música sinfónica, ejecutante de un instrumento exquisito, la viola, y genial autor de ideas únicas e irrepetibles, mientras Lewis Allen era un poeta, alumno del poeta Delmore Schwartz, que consideraba que tres acordes y voz coloquial, fuera de tono y de todo encuadramiento, eran suficientes para hacer música rock.

El bajista Sterling Morrison (1942-1995), la baterista Maureen Tucker y la modelo alemana Nico como vocalista completaron el trabuco que para algunos pasan por diletantes por la ausencia de virtuosismo musical, las voces desafinadas, mientras para otros son ejemplos a seguir de cómo hacer obras de arte con pocos recursos, con la honestidad, la verosimilitud y la aventura como vigías, rumbos, derroteros de la libertad.

El nombre del grupo, consideró Lewis Allen, no podía ser más apropiado, pues la poesía que escribió para ser cantada y puesta en música por The Velvet Underground habla de la sexualidad distinta, diversa, diferente, como en la canción *Venus in Furs*, a partir precisamente de *La Venus de las Pielles*, de Leopold von Sacher-Masoch.

The Velvet Underground duró hasta que Lou Reed insultó, maltrató, discutió tanto con John Cale que lo corrió del grupo y él mismo se fue dos años después.

El carácter difícil de Lewis Allen fue intentado domar por su padre, quien lo llevó al Rockland State Hospital para que le aplicaran series de electroshocks con el propósito de “curar sus sentimientos homosexuales”.

Esa experiencia marcó de por vida a Lewis Allen, quien en su juventud ejerció la parte homosexual de su naturaleza bisexual, con el travesti y transexual de madre mexicana Rachel, de quien se enamoró locamente y fue su musa para un disco entero: *Coney Island Baby*, y también con sus colegas David Bowie, Iggy Pop, Mick Jagger, entre otros bisexuales como él, quien en la parte adulta de su vida se casaría dos veces, la primera con la diseñadora mexicano-británica Sylvia Morales, con quien vivió catorce años y le inspiró las mejores obras del álbum legendario *Blue Mask*, y las segundas nupcias con el amor de su vida: Laurie Anderson.

Pero en la primera etapa de su vida y después de que su padre lo sometió a electroshocks, Lewis Allen escribió un poema, convertido en canción: *Mata a tus hijos*, donde narra lo que le sucedió: “Te dan electroshocks y te prometen que te dejarán vivir en casa con tus padres, en vez de vivir en clínicas de enfermos mentales. Mamá me explicó por teléfono que no sabía qué hacer con papá, quien rompió de un

hachazo la mesa, qué alegría el matrimonio, ¿no? Y además mi hermana se casó y su marido es grande y gordo y no tiene cerebro. Oye —dice desde la foto Lewis Allen—, ¿ya te avisaron que van a matar a tus hijos? Es mejor que salgan corriendo, corriendo, corriendo”.

Según testimonios recogidos en el libro *Por favor, mátame: La historia oral del movimiento punk*, Lewis Allen lo contaba de esta manera a sus amigos: “te colocan la chingadera esa en la garganta, para que no te tragues la lengua y te ponen electrodos en la cabeza. El efecto es que pierdes la memoria y te conviertes en vegetal. No puedes leer un libro porque vas en la página 17 y no te acuerdas de nada y tienes que regresarte a la página uno”.

En el poema “Dirty Boulevard”, Lewis Allen habla de un padre tirano que obliga a Peter, un niño de ocho años, a mendigar en el *Sucio Boulevard* porque el cuarto de hotel donde viven hacinados cuesta dos mil dólares la noche. Entre proxenetas, travestis, sexo en la calle, suciedad, una noche el niño se encuentra un libro de magia en un basurero y encuentra el camino de salvación: en su habitación se concentra frente al libro, se acuesta en el piso y mira hacia el techo y se dice: cuando cuente tres, desapareceré; saldré volando, volando, volando.

Al niño Lewis Allen, al adolescente, al joven y al hombre maduro siempre le fascinó la magia. En muchos poemas, canciones y reflexiones, el acto de desaparecer es el máximo acto de magia al que aspirar.

De hecho se puso a escribir un poemario con el tema de la magia, que se convertiría en un disco y se llamaría *Magic* y entonces los grandes magos del mundo, como aquellos que le han dicho que viven en México y tienen poderes sobrenaturales, lo buscarían, le llamarían por teléfono o irían a verlo para contarle sus secretos porque, “como yo soy un poeta experto en que me cuente la gente sus historias y yo las convierto en poemas y en canciones —dice Lewis Allen— como si fueran cosas que me han pasado a mí”.

Escribió en la canción *Desaparecer*: hoy la día, adiós noche. La luz de las estrellas es tan apacible que me parece desapareceré lentamente. Si tengo que vivir con miedos, mis ideas desaparecerán lentamente y mi

vida desaparecerá lentamente. Si tengo que cerrar la puerta, dejará de existir otra vida. Desaparecerá. Dicen que The Factory debería cambiar. Pero yo no.

El disco *Magic* no desapareció. Se convirtió en *Magic and Loss*. A la magia se sumó la pérdida de dos de sus mejores amigos, a consecuencia de cáncer, en el transcurso de un año, de manera que el disco finalmente se llamó: *De Magia y Pérdida (Magic and Loss)*, conformado por poemas donde Lewis Allen buscaba “una forma mágica de superar la pena y la desaparición. Quería crear una música que ayudara a soportar la pérdida”.

Y entonces *Magic and Loss* se convirtió en el disco más profundo, más poético, más potente y decididor de Lewis Allen. Ahí escribió los versos que mayor satisfacción artística le dieron. Sus líneas favoritas fueron las siguientes:

Cuando atraviesas el fuego
Lamiéndote los labios...

En lo alto no hay un muro: hay una
[puerta

La unidad estilística de Lewis Allen, que algunos apresuradamente tachan de “pobreza de estilo”, su manera de decir sus versos, en recitativo, en el arte del “Spoken Word” que inventó él y continuaron su esposa Laurie Anderson y su discípula Patti Smith, además de “los únicos tres acordes que se necesitan para tocar rock”, que también reciben calificativos insensatos, están en medio siglo de ejercicio poético llevado a la música de manera ejemplar.

Hay un antes y un después de ese ejercicio poético de Lewis Allen.

Los versos favoritos de este poeta, este aeda moderno, pertenecen a la pieza culminante de *Magic and Loss*, titulada *The Summation*, donde el poeta del dolor del mundo y la belleza narra la experiencia—vida a través de la muerte de sus amigos más cercanos— de la cremación de sus restos: cuando te atraviesa el fuego / se trata de una prueba de humildad / un laberinto de dudas / y las luces pueden cegarte. / Hay quienes nunca lo entendieron / porque cuando pasas por la arrogancia pasas por el dolor / por un pasado siempre presente... / Pasas por el fuego hacia la luz.

El pasado siempre estuvo presente en Lewis Allen. Sus versos póstumos, que canta-dice, dice-canta en el *track* final de otro disco incomprendido por la “crítica especializada” y titulado *Lulu*, con el grupo de heavy metal Metallica, resultan reveladores:

Escarmentado, mi padre muerto
Enfila su navegación hacia
Una isla de almas perdidas
Asoleado, un mono le dice a otro mono:
Yo te voy a enseñar a que te portes bien
Y a que cultives miedos y ceguera
Y que no seas un amable redentor social
Ni vivas, oh no, en estado de gracia
Hipo, el sueño ha terminado
Sirve café a los dolientes en el funeral
Enciende las luces
Saluda al hijo de papi
La mayor decepción de papi
La edad lo ajó y lo convirtió
En el hijo de papi
Con sus tratamientos psicológicos salvajes
Porque fue la mayor decepción de papi
Y lo convirtió
En el hijo de papi

Ahora el retrato del autor del poemacanción *Yo seré tu espejo* mira fijamente a la cámara, sabedor de que lo estamos viendo a los ojos. Podemos ver la muerte en su mirada, ese opaco resplandor de quienes tienen poco tiempo de vida por enfermedades terminales como el cáncer. En contraste, muestra ahora, a diferencia de sus uñas pintadas en la fotografía de su vida anterior, cuando su bisexualidad estaba en otra dirección, su mirada, que tiene calma fiera, fuego quieto, tormenta sosegada.

La sabiduría del guerrero retratado por Jean-Baptiste Mondino 36 días antes de su muerte lo expresa en el retrato mostrando en primer plano el puño derecho, recio, en señal de vitalidad. La muerte en la mirada, la fuerza vital en su puño de guerrero.

Ese último retrato del poeta, ese último espejo, ese postrer espejeo que nos hizo a todos el guerrero, fue realizado la tarde del sábado 21 de septiembre de 2013 en un estudio ubicado en la calle Washington de la ciudad de Nueva York, donde Lou realizó sesiones de foto y video para una campaña de la marca de audífonos Parrot ZIK.

Allí, a las tres de la tarde de ese sábado, ocurrió la que sería la última entrevista de Lou Reed, quien aún luchaba por su vida a pesar de haber sido desahuciado.

Lou frente a la cámara: se pone los audífonos, cierra los ojos. Se pone a meditar. Los abre para responder a las preguntas que le formula la cineasta Farida Khelfa:

—¿Por qué la música?

—Porque la amo.

—¿Cuál fue su primer contacto con la música?

—Cuando escuché el latido del corazón de mi madre.

—¿A qué edad empezó a tocar la guitarra?

—A los nueve años.

Y en la siguiente escena, Lou Reed con su personalidad entera: amable, generoso, bromista, irónico: cuando Farida le pregunta si su papá le compró su guitarra, él responde: “mi padre nunca me dio ni madres”, y a la pregunta de entonces cómo la consiguió: “la compré”, ¿cómo?, “trabajando”, ¿de qué?, “de limpiar la maleza en el bosque y cuidar pollos en una granja”, y casi le gana la risa al poeta que recibe y rebota otra pregunta-respuesta: ¿qué es el sonido?

La respuesta es una honda disertación sobre el ruido, el sonido y la música. Como lo hizo John Cage en su momento, Lou Reed frente a la cámara demuestra que el silencio no existe y que el ruido es un sonido que, al ordenarlo, produce música. “La música es mi vida”, dice el poeta y se lamenta de que en los discos compactos se pierda el sonido de los bajos, porque es inconcebible escuchar una sinfonía de Beethoven sin escuchar a cabalidad los contrabajos, los violonchelos, la tuba, pero la tecnología está recuperando, con los nuevos software, el sonido de los bajos. “Por eso remastericé todos los discos que grabé en mi vida”.

Habla entonces del sentido de la existencia, de la música en su vida: del momento en que escuchó por vez primera el sonido del corazón de su madre y lo repite con sus labios, con su voz: bom bom bom, “por eso nos gusta a todos el ritmo, la música” y habla de cómo, inmersos en un ambiente silencioso, podemos escuchar el sonido de nuestra sangre al fluir, de nuestro corazón al latir.

Hay sonidos hermosos en la vida, en la naturaleza. Y ahora con sus labios, con su

voz, con su aparato fonador entero, imita el sonido del viento y emite lo que serán sus últimos versos que nos regala, a manera de espejo, el autor del poema *Yo seré tu espejo*: “hay sonidos hermosos en la vida/ como el sonido del viento/ el sonido del amor”.

Lewis Allen Reed realizó su mayor acto de magia el 27 de octubre de 2013: desapareció.

Trascendió, a los 71 años de edad, en brazos de su esposa, la también poeta, aeda, Laurie Anderson, en casa, en su cama con vista a los árboles, con una sonrisa en los labios y practicando tai chi.

Su esposa publicó un hermoso texto en el periódico *The East Hampton Star*, de la localidad donde se ubica la casa de campo del matrimonio Laurie Anderson / Lou Reed, ambos practicantes del budismo.

El texto, breve, está dirigido “a nuestros vecinos”:

“¡Qué hermoso este otoño! Todo brilla en dorado y en una increíble luz suave. El agua nos circunda. Lou y yo pasamos en este lugar mucho tiempo los últimos años, y a pesar de que somos muy urbanos, ésta es nuestra casa espiritual. La semana pasada prometí a Lou sacarlo, ya, del hospital y traerlo a Springs. ¡Y lo logramos!

“Lou fue un maestro del tai chi y pasó sus últimos días muy feliz y embelesado con la belleza y el poder y la suavidad de la naturaleza. Murió la mañana del domingo mirando hacia los árboles y haciendo la famosa posición 21 del tai chi moviendo solamente sus manos de artista en el aire. Lou fue un príncipe y un guerrero y sé que sus canciones acerca del dolor y la belleza en el mundo llenarán a las personas con el increíble gozo que él tuvo por la vida. Larga vida a la belleza que desciende y fluye a través de todos nosotros”.

Firma: Laurie Anderson, “su amada esposa y eterna amiga”.

Días después, la revista *Rolling Stone* publicó un ensayo, escrito por Laurie Anderson, donde ella hace un retrato de la relación de 21 años con Lou Reed, desde que se conocieron en Munich, en 1992, durante un festival musical que organizó John Zorn.

A Laura Philips Anderson, quien se convirtió en Laurie Anderson, le sorprendió que Lou Reed no tuviera acento británico, pues como sabía muy poco de The Velvet

Underground, pensaba equivocadamente que era un grupo inglés.

Narra Laura-Laurie cómo ella y Lou hicieron música juntos, se volvieron el mejor amigo uno del otro y luego almas gemelas, escucharon y criticaron la obra de cada uno, estudiaron e hicieron juntos muchas cosas: cazaron mariposas, aprendieron la práctica de la meditación budista, navegaron en kayaks.

Se inventaron muchos juegos: dejaron de fumar en 20 intentos, fallaron; aprendieron a contener la respiración bajo el agua; viajaron a África; cantaron ópera en los elevadores; se hicieron amigos de personas muy especiales; se acompañaron en sus giras mutuamente, cuanto pudieron; enseñaron a tocar piano a su querido perro; compartieron una casa con espacios separados para cada uno; se protegieron y amaron mutuamente.

“Siempre nos la pasábamos viendo arte y escuchando música y conciertos y espectáculos artísticos y observé cuánto amaba y apreciaba a otros artistas y músicos. Siempre fue muy generoso. Y sabía lo difícil que era serlo. Amábamos nuestra vida en West Village y a nuestros amigos. Hicimos siempre lo mejor que pudimos”.

Describe Laurie Anderson su boda en Boulder, Colorado, en el patio de la casa de un amigo, en una ceremonia espontánea, casi sorpresiva, con los desposados vistiendo su ropa cómoda de los sábados: “cuando te casas con tu mejor amigo de tantos años, debería existir un nombre diferente para eso, que no sea boda”.

Narra después los últimos días de su marido:

Lou estuvo enfermo los últimos dos años, primero fueron los duros tratamientos con interferón, “una horrible pero a veces efectiva serie de inyecciones para el tratamiento de hepatitis C y viene con un montón de horribles efectos colaterales. Entonces desarrolló cáncer de hígado, complicado con una diabetes avanzada. Pasamos un buen tiempo en hospitales. Él aprendió y estudió mucho acerca de sus padecimientos y sus respectivos tratamientos. No dejó sus sesiones de dos horas diarias de tai chi, además de actividades fotográficas, lectura de libros, sesiones de grabación en estudios discográficos, su programa de radio con Hal Willner y muchos otros proyectos”.

Siguieron, narra Laurie, las enseñanzas budistas de su maestro, Mingyur Rinpoche.

De última hora, en abril, Lou recibió un trasplante de hígado, que pareció funcionar a la perfección y él recuperó casi instantáneamente su salud y energía. Pero empezó a fallar el nuevo hígado y ya no hubo salida.

“Pero —narra Laurie— cuando el médico dijo: ‘Se acabó. No tenemos más opciones’, la única parte que Lou escuchó fue ‘opciones’: no se rindió hasta la última media hora de su vida, cuando de repente lo aceptó todo”.

Esa mañana, la del 27 de octubre de 2013, en que Lou Reed aceptó, con ayuda del budismo, que era el momento de abandonar el cuerpo, la pareja que al día siguiente su amigo Peter Gabriel, asombrado por la noticia de la muerte, dijera que le daba infinita ternura ver a Laurie y Lou abrazados, mimándose y besándose y amándose “como dos adolescentes”, estaba en su casa espiritual, en el campo.

A pesar de que él estaba extremadamente débil, “insistió en que camináramos afuera, hacia la brillante luz de la mañana”.

Como practicantes de la meditación budista, cuenta Laurie, “estábamos preparados para el momento de la muerte, sabíamos cómo mover hacia arriba la energía, desde el estómago e introducirla en el corazón y a través de la cabeza. Nunca había visto una expresión tan maravillada como la del rostro de Lou al morir. Sus manos haciendo la forma 21, la del agua que fluye, del tai chi. Sus ojos bien abiertos. Yo sostenía en mis brazos a la persona que más amé en el mundo, y hablándole hasta que expiró. Su corazón se detuvo. En ningún momento tuvo miedo. Logré caminar junto a él hasta el fin del mundo. La vida —tan hermosa, dolorosa, embelesante— no tiene cosas mejores que eso. ¿Y la muerte? Yo creo que el propósito de la muerte es la liberación del amor”. **U**



Lou Reed en una foto de Christopher Felver, Nueva York, 1997